

RESEÑA

Rafael Herrera Guillén, *Adiós América, adiós. Antecedentes hispánicos de un mundo poscolonial (1687-1897)*, Madrid, Tecnos, 2017, 289 pp. ISBN 978-84-309-7157-2

Adiós América, Adiós es una obra enjundiosa. Obviamente, no por la extensión en páginas sino por la calidad, la pertinencia y la profundidad crítica en el tratamiento de la constelación de problemas que varias generaciones de pensadores españoles plantearon respecto a la relación de España y sus colonias de ultramar. A través de los siglos, algunas de las mentes más privilegiadas del Imperio español se preguntaron por las condiciones necesarias para su sostenimiento. Estos inquietos personajes se embarcaron en la empresa de evaluar los costos y los beneficios, económicos, políticos, sociales y culturales, implicados en el empeño por mantener el poderío español en gran parte de un continente que conquistó, colonizó y dominó por más de tres siglos.

La tesis central de *Adiós América, adiós* es que “La conciencia sobre la independencia de América, no solamente fue real entre una parte minoritaria de los españoles, sino que fue sentida con angustia próxima a los hombres del 98 por figuras como, por ejemplo, Jovellanos” (p. 13). No es cierto, pues, sostiene Herrera Guillén, que la independencia de las colonias españolas en América pasara completamente desapercibida en la metrópoli, que no existiera conciencia crítica sobre las relaciones de España con sus colonias de ultramar. Los autores que estudia *Adiós América, adiós*, serían la clara evidencia de que hubo una reflexión previa a la desaparición del Imperio.

Adiós América, adiós procura, entre otras cosas, mostrar que la conciencia de una España poscolonial no inicia con la generación del 98, esto es, con el impacto que causó en los intelectuales de la época la pérdida de las últimas colonias en América (Cuba y Puerto Rico) y las del Pacífico (Guam y Filipinas), a manos de una potencia en ciernes, los Estados Unidos de América. Herrera Guillén señala que la gran influencia ejercida por el grupo de escritores de la generación del 98 eclipsó la obra reflexiva anterior sobre la España colonialista. De allí que su gran aporte en este interesante e ilustrador trabajo sea el de poner en evidencia que hubo preocupación y reflexión, prácticamente desde su nacimiento, por los destinos del Imperio. Los escritores sobre los que reflexiona Rafael Herrera Guillén, como si tratará de una sucesión de médicos, examinan la salud del Imperio e identifican los signos observables que indican cómo se desenvuelve ésta. Pero no se detienen en el diagnóstico estos examinadores, también se animan a proponer correctivos; para continuar con la metáfora médica, se inclinan por una medicina preventiva para evitar que se llegue al ejercicio de la curativa. De esta vocación preventiva hayamos unos cuantos ejemplos. Pero una vez avanzada la enfermedad en las entrañas del gran Imperio, no falta el diagnóstico y la prescripción para la enfermedad.

Antes de exponer y comentar brevemente la estructura y algunos contenidos puntuales, me parece relevante señalar que, tal vez, si “la independencia de América apenas fue sentida en España y (...) el Imperio se deshizo sin que la metrópolis sintiera la ruptura” (p.13), como quiere Fernández Almagro, es porque España, desde los albores del siglo XIX, estará a menudo muy ocupada lidiando con una

JUAN JOSÉ ROSALES SÁNCHEZ

serie de conflictos políticos como los generados por las intrigas palaciegas del Príncipe de Asturias y del llamado partido fernandista, por los coqueteos con Bonaparte por parte de la monarquía, por la invasión francesa y la guerra para expulsarlos, por conflictos como la Revolución de Riego, las guerras carlistas, los golpes de Estado y pronunciamientos, y el antagonismo político entre facciones, etc. Así las cosas, todo parece indicar que las distintas generaciones de la sociedad española del siglo XIX estuvieron tan absortas en sus graves y acuciantes problemas domésticos que difícilmente podían detenerse a meditar sobre la pérdida de gran parte de las colonias de ultramar, y quizá, tampoco podían siquiera prever la suerte final que le aguardaba a los restos del otrora poderoso Imperio. Entonces, Melchor Fernández Almagro se estaría refiriendo a la sociedad en su conjunto sin reparar en las individualidades.

Adiós América, adiós inicia su recorrido con un prólogo muy lúcido. Aquí el autor nos dice que para el conjunto de los pensadores estudiados en el libro el final del Imperio era “necesario, impostergable y bueno para la economía, la salud y la moral de España” (p. 14). Estos autores anteriores al 98 constituirían, a decir del autor, una especie de importante antecedente, o más bien un “eslabón más en la reflexión contemporánea sobre el mundo postcolonial y posthegemónico”. (p. 14). Seguidamente, Herrera Guillén expone y crítica, en el capítulo primero, la propaganda contra España que el resto de las potencias hegemónicas de Occidente llevaron a cabo. Según esta propaganda, España encarnaría la barbarie y el atraso, la rapiña y el abuso, en tanto que las otras potencias serían la luz de la redención civilizatoria. En esta trama fraudulenta la llamada “leyenda negra” jugaría un papel de importancia capital, pues sería el vehículo propagandístico por excelencia. Admite el autor que “España representó el modelo colonial global que posteriormente fue evolucionando hasta la actualidad” (p19); el iberocentrismo castellano, afirma Herrera Guillén, se transformará a lo largo de los siglos hasta llegar al actual “newyorkcentrismo. La leyenda negra no debería ser para el lector de este siglo, entonces, la historia de las injusticias de los españoles, sino de la modernidad en su conjunto. A diferencia de holandeses, ingleses, franceses, los españoles han contado desde los mismos inicios del Imperio con voces críticas como la de fray Bartolomé de las Casas. Una voz muy fuerte y conocida es sin duda la del fraile dominico y obispo de Chiapas, pero no la única como muestra el libro que ahora reseñamos.

El capítulo segundo es, desde nuestra perspectiva, el más interesante y original de todo el libro; no por la presencia del pensamiento sobre el Imperio y las colonias de algunos de los personajes que allí se mencionan, sino por la audaz tesis que se defiende. Según Herrera Guillén, la idea común de los autores que se dan cita en este capítulo es que, “cada uno de ellos deseaba ‘liberar’ a España de América” (p. 29). Esta tesis de Herrera Guillén se apoya en las reflexiones de personajes de los siglos XVII y XVIII, desde el aventurero Gabriel Fernández Villalobos, Marqués de Varinas, pasando por Francisco Romá y Rosell, jurista, economista y teórico de la política, José Ábalos, funcionario del Imperio y político que fue el primer intendente de Venezuela, hasta Pedro Abarca de Bolea, mejor conocido como conde de Aranda. La posesión de América, al menos en la mentalidad de Romá y Rosell y Aranda, es una pesada carga para España.

Desde el capítulo tercero, hasta el noveno, encontramos las reflexiones sobre las relaciones entre el Imperio y sus colonias en ilustres pensadores de España.

JUAN JOSÉ ROSALES SÁNCHEZ

El capítulo tercero está dedicado al conde de Floridablanca quien reflexiona sobre “la vieja estructura del edificio imperial hispánico” y comprende que ésta pone “en peligro y debilita la supervivencia tanto del Imperio como de España misma” (p.63). Floridablanca identifica dos grandes peligros, la iglesia y sus tradiciones obsoletas y el “hidalguismo social”. Para renovar la estructura, el despotismo ilustrado acometerá una serie de reformas en el que la educación jugará un importante papel porque a través de ella se buscará crear un clero ilustrado (instrumento para la lucha contra la superstición y el atraso), una educación patriótica (para los colonos americanos), y reformas económicas (que eleven la industria e impacten la vida de los súbditos).

El cuarto capítulo presenta a Gaspar Melchor de Jovellanos, entre otros muy interesantes aportes. Deseamos destacar lo que apunta Herrera Guillén en esta parte del libro, a saber, que este ilustre pensador en los tiempos convulsos de la invasión francesa y de los preparativos de las Cortes para la elaboración de la futura Constitución de Cádiz, “defendió la necesidad de contar con representantes americanos en las Cortes”, pero también que se debía dejar de considerar a América como colonia” (p. 97); es decir, España concebida como una sola nación, presente en los dos lados del Atlántico.

El quinto capítulo trata del polémico José María Blanco White. Dice Herrera Guillén de Blanco White: “Él sabía que América, antes o después, se desgajaría de España, si no se le concedía una efectiva igualdad” (p. 110). Blanco White, observa que en las relaciones de la metrópoli con las colonias se echan de menos la justicia y la equidad; sólo revirtiendo esta situación se evitaría la ruptura. No obstante, la tesis de Herrera Guillén con respecto a Blanco White es que éste “fue un defensor de la autonomía de América, no de su independencia” (p.142).

El sexto capítulo presenta el enfoque economicista de la situación política del Imperio, representado en el pensamiento de Álvaro Florez Estrada, “una de las figuras más importantes del primer liberalismo español” (p.143), a juicio de Herrera Guillén. Esta figura del liberalismo español será, nos dice el autor, un hombre comprometido con la modernización de España. Pero este capítulo se centra en la búsqueda de soluciones satisfactorias al conflicto político y militar entre las colonias y la metrópoli. Florez Estrada haya esas soluciones en el campo de la economía, trata de convencer a españoles y americanos de que sus disputas se podrían resolver beneficiosamente para ambas partes “si se modificaba el sistema fiscal, haciéndolo más equitativo, y si se respetaba, sobre todo, el derecho a la propiedad” (p.147). Pero Florez Estrada piensa en algo más que apaciguar los ánimos, él desea que las nuevas relaciones económicas entre la metrópoli y sus colonias se muevan hacia la creación de un “Gran Mercado Hispánico”. La unidad de intereses económicos aseguraría, o contribuiría, a un tipo de unidad imperial distinto al tradicional modelo explotador del colonialismo.

En el séptimo capítulo el personaje central es José Manuel Vadillo. Esta parte de libro comienza con el asunto de las acusaciones sobre la responsabilidad de la pérdida de la mayoría de las colonias americanas; este político y militar liberal, explica Herrera Guillén, enfrenta la acusación de los absolutistas que responsabiliza a los liberales del trienio del derrumbe del Imperio. A juicio de Vadillo, no será la gestión liberal quien haya contribuido a la pérdida de los dominios americanos sino las erráticas y nefandas políticas de los absolutistas. Para Vadillo, Carlos III y sus políticas serían las principales responsables de la inexorable caída del Imperio español. Y este Carlos III, al mismo

JUAN JOSÉ ROSALES SÁNCHEZ

tiempo, es para este autor liberal el antecedente del absolutismo borbónico. En todo caso, la tesis más importante de este capítulo la presenta Herrera Guillén en los siguientes términos: “El ‘error’ o la gran diferencia del sistema imperial colonial hispánico fue la decidida voluntad de los españoles por incorporar a América a la historia de Europa, a la civilización. Así, en la medida en que los pueblos americanos llegaron al nivel europeo, estuvieron en condiciones de exigir su libertad como naciones civilizadas en igualdad de condiciones que las europeas” (p. 182). Entonces, según Vadillo, el haber civilizado a los americanos (bárbaros en su origen), sembró el desmembramiento del Imperio. Respecto a esta tesis, es bastante cuestionable si se tiene en cuenta que las revoluciones hispanoamericanas las hicieron las élites locales, los hijos de los españoles en América, que desde siempre reclamaron plena igualdad para ejercer cualquier cargo público. Es asunto conocido, además, que la mayor parte de los pueblos de la América española no harían activamente la revolución, salvo como carne de cañón, y su suerte sería quizá hasta peor en la república.

En el capítulo octavo se lee: “Para Valera, era crucial dejar claro de una vez por todas que la separación política de las dos orillas hispánicas era definitiva e incluso positiva” (p. 202). Las reflexiones sobre el colonialismo español de Juan Valera son el centro de este capítulo. Afirma Herrera que Valera observa la imposibilidad de continuar con un iberocentrismo de tipo militar pero sí la conveniencia de un iberocentrismo de tipo económico; una estrategia que ya contaba con partidarios en el pasado, Varinas, Romá y Rosell, Florez, Vadillo. Para el liberal Valera, el libre comercio, las relaciones económicas robustas, parecían las claves para mantener y estrechar la unidad cultural. Se trataba de la reconstrucción de una “unidad global de lo hispánico, que no establecía un locus de enunciación y poder determinado” (p. 203). Para Herrera Guillén, Juan Valera contribuye u ofrece los primeros elementos para la conformación de una realidad espacial hispánica en la era global en la que no hay un centro privilegiado de enunciación ni un centro emisor epistemológico-metropolitano; esa nueva realidad la denomina el autor de *Adiós América, adiós*, “Ib-Euro-América”. Sería muy satisfactorio ahondar en esta tesis de Herrera Guillén, pero los límites espaciales no lo permiten; queda del lector interesado la exploración de tan atractiva tesis.

En el noveno y último capítulo se ocupa del pensamiento del diplomático y escritor Ángel Ganivet, “uno de los más grandes ensayistas españoles” y no un mero antecedente de la eflorescencia literaria del 98 (p. 47); pero en cuanto al tema central del libro, dice su autor que Ganivet es, quizá, “el primer antecedente que tomó conciencia de que el proceso descolonizador de Hispanoamérica constituía un mito histórico político que tenía que servir de vara de medida para toda política global” (248). Ganivet, señala Herrera Guillén, exhorta “a una política nacional virada hacia adentro, sin aspiraciones expansivas imperiales” (p. 253); España debía concentrar sus fuerzas en recomponerse, en reencaminar la vida nacional. No obstante, la historia de España parece mostrar que tanto Ganivet como sus predecesores predicaron en desierto, pues se puede decir que las ideas imperialistas y colonialistas han sido un continuo en la mentalidad del poder político y económico español desde los tiempos de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón hasta mucho después del insigne Ganivet.

En conclusión, *Adiós América, adiós*, es un libro muy bien escrito, documentado, jalonado por tesis que mueven a la reflexión y al debate, además de poseer una sólida trama argumentativa. Un trabajo

JUAN JOSÉ ROSALES SÁNCHEZ

filosófico muy recomendable para quienes se interesen en reflexionar con rigor y profundidad en el pensamiento poscolonial y sus orígenes hispánicos.

Juan José Rosales Sánchez